



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

El hado cruel.



—¿Te marchas y me abandonas
porque no me necesitas?
¡Pues ya van dos Mariquitas
que me salen respondonas!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada. — Yo carambolista, por Juan Pérez Zúñiga. — No hay clases en el amor, por José Estremera. — La infidelidad, por Sinesio Delgado. — El cura de Vericuetto (segunda parte), por Carín. — Una comedia más, por Fiestra Vázquez. — Instantáneas: El rosario de la Aurora, por M. Martín Fernández. — Menudencias, por Federico Canalejas. — Chismes y cuentos. — Correspondencia particular. — Anuncios.

GRABADOS: El hado cruel. — La locura sin de siglos. — El billete amoroso (seis viñetas). — El cura de Vericuetto (dos viñetas). — Lágrimas ardientes, por Cilla.



DE TODO UN POCO

Crónica portuguesa.

Durante el presente mes celebran aquí grandes fiestas para amenizar la vida de los bañistas portugueses.

El 15 hubo *matinée* en el Casino Mondego; dos días después carreras de velocípedos, y ayer una corrida de toros en la que tomé

parte, como *cazalheiro*, el famoso aficionado Sr. O'Veira.

Hay, pues, muchas distracciones agradables en Septiembre, pero yo voy á tener que renunciar á ellas porque me llaman á Madrid mis deberes de cesante y de hombre económico. Aspiro á que me reponga Becerra y á que me arregle mi ropa de invierno cierto sacrecillo barato de la calle de Peligros.

Estos asuntos me obligan á dejar á Figueira cuando se halla en el apogeo de la animación y cuando se anuncia la llegada de una compañía famosa cómico-lírica.

Además, ya empiezo á excitar las iras de algunos figueirenses, antes amigos míos, entre los cuales figura uno que se firma *Ignotus*, y me dirige en la *Gazeta da Figueira* varias frases que revelan la indignación de que se halla poseído. Y todo porque cree que he molestado deliberadamente en una de mis crónicas al Sr. D. Bernardino Machado, exministro de Obras públicas del reino y uno de los hombres más ilustres de este país.

No citaba á D. Bernardino, ni he puesto en duda sus méritos, ni siquiera me quejaba de que me hubiese dejado cesante, porque no me ha dejado. Eso queda para nuestro «vigente» ministro de Ultramar.

Yo hablaba de las demostraciones de simpatía con que fué recibido el año pasado un ministro de la corona, pero no tuve ni una sola frase de censura para el obsequiado, ni cité su nombre, ni Cristo que lo fundó. *Ignotus*, sin embargo, que debe ser más papista que el Papa, se enfurruñó como si le hubiese llamado á él «perro judío», y *tras... tras...* escribió dos columnas y media de prosa y varios versos entreverados para «tomarme el pelo» — que decimos nosotros los culti-latinos.

—¡Pero, hombre! — exclamaba yo dirigiéndome á los tres ó cuatro amigos que me van quedando en Figueira. — ¡Por qué me ofende, digámoslo así, el chico de las de *Ignotus*? ¿Conoce bien el español? ¿Habrá traducido torcidamente mis palabras?

—No — me contestaron. — Es que *Ignotus* admira á Machado con todas sus potencias, y ha creído ver en usted un enemigo del ilustre personaje. Sepa usted que hay aquí quien supone que en sus artículos ridiculiza á Portugal. Tiene usted muchos enemigos: hay uno, tahonero él, que ha jurado su muerte, con la mano puesta sobre una rosca.

—¿De manera que me creen enemigo de Portugal? ¿Á mí? ¿Al propagandista de Figueira? ¿Á la guía de los ferrocarriles, fondas, casinos, casas de huéspedes y baños fríos y templados?

El caso es que en España me creen vendido al oro luso porque vengo aquí todos los veranos, y hay quien supone que llevo una participación en los productos de la renta portuguesa, y aquí dicen

que trato de poner en ridículo las cosas y los hombres del país... ¡Díes míol! ¿Qué debo hacer?

Cuando se acerca la temporada balnearia comienzo á decir primores de Portugal á todos mis amigos para atraerme á Figueira, y alguno llega á preguntarme:

—Pero ¿tú qué eres? ¿Fondista? ¿Dueño de algún casino figueireense? ¡Cualquiera creería que te has hecho industrial portugués!

Días pasados estuve en Vigo, mi pueblo, y allí me decían todos. — ¡Pero, hombre! ¡Teniendo aquí esta bahía, este cielo, esta naturaleza hermosa y exuberante, irte á veranear al vecino reino! ¡Anda de ahí, mal vigués, descastado! ¡feo!

—¡Oh, Figueira! ¡Mi amada Figueira! No negaré que Vigo es hermoso; pero Figueira... ¡Vosotros no conocéis Figueira! — contestaba yo entusiasmado.

¿Qué más? Todos los años por la primavera va á la cervecería, donde casi vivo, algún padre de familia á preguntarme:

—¿Es usted Fulano?

—Servidor de usted.

—Pues me va usted á dispensar si le hago unas cuantas preguntas. Yo leo los periódicos, ¿comprende usted?... y como habla usted de Figueira y de sus excelentes condiciones, ¿comprende usted? vengo á que me facilite algunas noticias. Yo tengo esposa y cinco hijos, ¿comprende usted? y quisiera sacarlos este año, porque se me crían mal. Los dos menores, sobre todo, parecen dos galgos.

—Pues á Figueira con ellos.

—¿Conque tan bueno es aquel país?

—Excelente, barato, tranquilo, fresco, y con unas merluzas!

—¿Baratas?

—Casi de balde.

—No sabe usted cuánto me alegro. Yo soy loco por la merluza.

En fin, que después de una detenida conversación sobre Figueira y sus ventajas, seduzco á aquel padre de familia y me lo traigo aquí, con sus cinco monos. Llegan, respiran este aire salutar, comen bien, se lavan, que es lo principal, y á los ocho días parecen cinco canónigos predispuestos á una congestión cerebral.

He hecho relación de mis méritos de propagandista y amante de la Figueira, para demostrar cuán injustos han sido conmigo el *Ignotus* antes citado y el tahonero que jura mi exterminio con la mano puesta sobre la rosca.

Si continúan los malos vientos y las iras de los figueirenses nerviosos, tendré que renunciar á este hermoso país, donde encuentro, todos los años dulce reposo, plácida amistad y unos camarones riquísimos.

Ignotus, y otros como él, tendrán la culpa de mi desgracia, y cuando me vea lejos de esta costa y de mis amigos cariñosos, diré con lágrimas en la voz:

—*Ignotus, Ignotus!* Tú me has arrojado del suelo portugués, que consideraba ya como mi segunda patria. ¿Qué te he hecho yo, *Ignotus*? ¿Qué te he hecho yo, tahonero iracundo?

Si no reciben ustedes la crónica del próximo sábado, será que me ha matado el tahonero... ó que *Ignotus* ha vuelto á dedicarme otras dos columnas de prosa y algunos versitos sueltos.

Porque el segundo ataque no sé si podré resistirlo.

Luis Taboada.

YO CARAMBOLISTA

(A MI BUEN AMIGO JULIÁN ROMEA)

Esto no es modestia, no. Se lo puedo á usted jurar. No le hay más torpe que yo para el juego del billar.

Cuando alguien me compromete para unas carambolitas, ya me tiene así en un brete con angustias infinitas.

Doy tiza al taco, enmudezco, el temor me impide hablar y suspiro y palidezco sin poderlo remediar.

Mi contrario da á las bolas un tacazo, y como balas corren y hacen carambolas, unas buenas y otras malas.

Siempre bien se me coloca mi bola; pues aun así, meto el taco por la boca del que juega contra mí.

Repito y con interés dando á las bolas me ensaño, y aunque se quedan las tres como clavadas al paño,

el efecto se realiza
y hago carambola inglesa
con la lámpara y la tiza
y una pata de la mesa.

Airado me mira el mozo
y yo sigo ¿sabe usted?
pagando lo que destrozó
y la mesa y el café.

De modo que cuando al juego
da el otro terminación
y á treinta llega, yo llego
á la desesperación.

Después... el pañuelo saco,
me limpio el sudor, respiro,
y á la vez que suelto el taco,
suelto un taco y me retiro;

pero excitado de un modo
que durante la semana
veo en sueños el recodo
y el doblete y la mediana.

¿Cuántas veces mi mujer

de mis sueños se asustó!
En fin, tuvo á bien ayer
despertarme, porque yo
la dije, creyendo que era
mi contrario:— «¡Estoy perdido!
¡Cayó el mingo en la tronera
y eso es lo que te ha valido!»

Que me lleven el parné
las carambolas no extraño.
Vamos, ¿cuántas dirá usted
que saclo hacer en un año?

Pues sin meterle á usted trolas,
le juro que, por mi cuenta,
llevo echas tres carambolas
desde Mayo del noventa.

¿Y para qué continuar?
Lo dicho prueba que no
será fácil encontrar
hombre más torpe que yo
para el juego del billar.

Juan Pérez Suñiga.

NO HAY CLASES EN EL AMOR

I
El conde del Coletto,
que es apreciableísimo sujeto,
así un día le dijo
al barón de la Clámide, su hijo:
— Pero díme, hijo mío, ¿estás beodo?
Lo sé todo, no arguyas; lo sé todo.
¡Hijo tío de varones
que ilustraron cien mil generaciones;
de ilustres capitanes,
de Córdovas, Girones y Guzmanes
(y, si no me equivoco,
para serlo de reyes faltó poco);
tú, perillán, cuya familia cuenta
por billones su renta,
te juzgas muy feliz con la conquista
de una pobre mujer, de una modista...
Y hasta supe (pensándolo me corro)
que habéis tenido un rorro... ¡un rorro! ¡un rorro!
¿Te parece discreto
que una modista vil pára un Coletto?
Cásate, imprudentísimo, en mal hora,
que yo no soy tu padre desde ahora,
y ya no cuentes con la herencia mía,

porque yo no transijo, ¡no hay tu tía!
¿Qué pensarán los manes
de Córdovas, Girones y Guzmanes!

II

Unos meses después de tal homilia
entró un nuevo individuo en la familia
que ilustraron cien mil generaciones
de Córdovas, Guzmanes y Girones,
pues el ilustre conde del Coletto,
casó con la niñera de su nieto.

José Estremosa.

LA INFIDELIDAD

No cabrían en el mando
si se unieran de repente
las diatribas y dicitrios,
los anatemas y pestes
que desde Adán á la fecha
la sociedad lanzó siempre
contra las hembras perjuras
y los varones infieles.

¿Quién no se quejó en su vida
lo menos cincuenta veces
de que la mujer amada,
¡la perla de las mujeres!
que prometió amor eterno
con juramentos solemnes
por el calor animada
de las amorosas fiebres,
dejó apagar aquel fuego
pasados algunos meses
y á sus formales palabras
¡altó descaradamente!

¿Cuál es, entre las señoras,
la que ha tenido la suerte
de hallar un varón que cumpla
lo que en amores promete?
Todos, rubios y morenos,
muchachos y viejos verdes,
juran por los Evangelios
adorar hasta la muerte,
y á las primeras de cambio,
en cuanto el hastío viene,
de las promesas se olvidan
y viven tan guapamente.

¿Es que miente todo el mundo
y es falso y traidor adrede?
¿No hay tal cosa! En los amores
toda el alma se conmueve,
y al jurar pasión eterna
se dice lo que se siente,
y no hay quien el santo fuego
trocar en cenizas piense.

Pero el deseo se acaba
y el amor se agosta y muere
cuando no cambia de objeto
que le avive y le alimente.
¿Quién tiene la culpa? Nadie,
pues que lo exigen las leyes
que rigen el universo
inmutables y perennes.

Maldecir á los amantes
que no cumplen lo que ofrecen,
pidiendo para su crimen
á Dios castigos crueles,
es lo mismo que enfadarse
con los arbolitos verdes
porque se quedan sin hojas
cuando se acaba Septiembre.

Pongámonos en lo justo,
que es lo que más nos conviene,
y no pidamos al hombre
lo que darnos no pudiere.

Jure amor el que lo sienta,
que si el amor se le tuerce,
cuando falte el juramento,
Dios de seguro le absuelve.

Sinesio Delgado.

La locura "fin de siglo,"



Desfile de un escuadrón, tal y como se verificará dentro de algunos años, si Dios no lo remedia.

EL BILLETE AMOROSO.



Mucho llamaba la atención en el circo el Hércules señor *Tal*, que levantaba en vilo ochenta arrobas y deshacía una piedra de molino de un pufetazo.



Pero más aplausos obtenía aún la bella señorita *Cual*, con solo enseñar sus esculturales formas bajo el pretexto de exhibir un par de palomitas amaestradas.



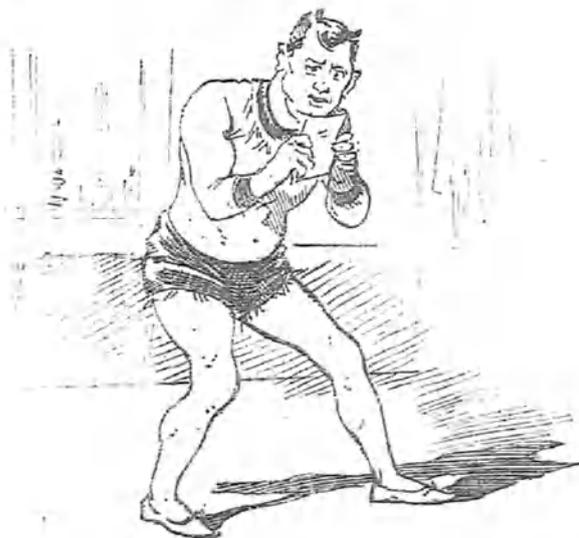
Tanto que el condesito de X se decidió á jugar el todo por el todo para obtener el más insignificante favor de tan maravillosa criatura, y...



—Nada, usted entra ahora y deja la tarjeta sin añadir una palabra.

—¿Dice usted que en el número seis?

—Sí, en el seis; ¡no se vaya usted á confundir con el nueve!



«¡Estoy completamente loco por usted! ¿Sería usted tan amable que quisiera acompañarme á cenar esta noche?...»



—¿Por quién me ha tomado usted, so títere?



El cura de Vericúeto.

(SEGUNDA PARTE)

I

«En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Yo, Tomás Celorio, cura párroco de Vericúeto, quiero que valga como testamento mío, en que dejo declarada mi última voluntad, éste que firmo y redacto por mi propia mano en esta forma tan diferente de las usadas para tales casos, pero no menos válida si hay justicia en la tierra. —No dejo el cuerpo á los gusanos, que ya ellos se lo tomarán, sin mi permiso, como cosa muy suya que es; ni dejo el alma á Dios, que fuera dejarle lo que nunca fué mío y siempre de Su Divina Majestad, como Él probará con mandarla adonde á su Justicia convenga. Lo único mío es este montón de papeles, entre los cuales se encontrará este mi testamento, junto todo ello en un arca, si antes algún ladrón, engañado por la fama falsa de rico de que me ha cargado la malicia, no entra en el escondite del supuesto tesoro que guardo bajo la cama, y con la ira del desencanto destruye todos esos documentos para él inútiles, y que para mí representan el descanso de mi vejez, la paz de mi conciencia, y el rescate de mi pundonor ultrajado. Pues esto de que dispongo, y que ha de ser todo lo mío, si se liquida bien mi herencia, y se compara justamente el debe y el haber que dejo á la hora de mi muerte, quiero que sea de la propiedad de D. Gil Higadillos y Fernández, filósofo y maldiciente de profesión, mi buen amigo á pesar de todo, y que ha de tener un buen sentir antes de verse en el trance por que yo habré pasado cuando esto se lea, y morirá en el seno de mi Santa Madre la Iglesia, según á Dios le pido en mis frecuentes oraciones.

Es asimismo voluntad mía que ese montón de papeles bien doblados no sea registrado sino después de que este mi testamento sea leído por las personas á quien de el encargo de que apenas yo cierra el ojo abran el arca que tengo debajo de mi cama y se enterren, ante todo, del contenido del primer documento que encuentren, que será éste, si la ajena codicia no me revolvió los papeles.

Ya tengo dicho, y así espero que se cumpla, que esta lectura ha de hacerse en alta y clara voz por el mismo Higadillos, mi heredero, si como espero está presente al acto, y creo que estará, pues su gran curiosidad, su poco de codicia y algo de piedad, le obliga-

rán á satisfacer este deseo mío, que tantas veces le tengo manifestado. Si Higadillos no estuviere presente, leerá mi coadjutor, y á falta de éste la persona de más respeto entre los presentes; y no creo que á esto se falte, pues muchas veces se lo tengo pedido á Ramona Cencillo, mi ama de llaves, á quien buen chasco espere, al coadjutor D. Sancho Benítez y á varios feligreses que serán los que probablemente rodearán mi lecho cuando yo expire.

Para explicar cómo, teniendo yo fama de rico, gracias á la usura en que viví más de veinte años, muero tan pobre como pronto verán los que otra cosa esperan, dejo aquí escrita parte de mi historia, toda la que hace al caso para mi disculpa. También la escribo para que con ella adquiera mi heredero algo de más provecho que los papeles adjuntos, pues más que esos papeles y más que cuantos bienes materiales pasaron por mis manos, vale la lección que el filósofo Higadillos puede sacar y disfrutar aprendiendo á no juzgar á los hombres por las apariencias, ni el fondo de los corazones por la exterioridad de ciertos hábitos; que el hábito no hace al monje.

Y sin más preámbulo, empiezo ya á decir quién soy yo y cómo y por qué vine á parar en tan económico administrador de los viles intereses de que fui por poco tiempo á manera de depositario.

Nací en una aldea, no lejana de estos contornos, en casa que tenía escudo sobre la puerta, recuerdos de antigua bienandanza y de sempiterna honradez, y al venir yo al mundo mermadas rentas, ni con mucho bastantes á mantener, con el decoro necesario á la hidalguía nuestra, á ocho hijos que éramos, entre varones y hembras; diez bocas, contando á los padres, y catorce incluyendo á toda la servidumbre indispensable para ayudarnos en el cuidado de las tierras y ciertas industrias caseras y aldeanas que nos ayudaban no poco. No era yo el primero ni el último de los cinco hermanos varones, ni el mimo de mis padres, ni un estropajo en la casa; se me quería como á todos; pero, un buen natural ó lo que fuera, seguramente la gran repugnancia que me causaban las reyertas y el dolor propio ó ajeno, y sobre todo el horror á la injusticia, al mal reparto de lo que á cada cual corresponde, me hicieron siempre ceder antes que otros en mis pretensiones, por no reñir, por no molestar, por no ser injusto. Grave problema era en la casa el de ir despachando la competencia de los dientes, es decir, colocando tanta herramienta de consumir la hacienda donde menos daño hiciera ó ya no lo hiciera; y los expedientes para lograr este anhelo constante de la familia consistían en casar hijes ó meterlos en un convento y en mandar á la Habana á un hijo á que hiciera fortuna, si Dios era servido, buscarle á otro un empleo y aprovechar para alguno la ventaja de cierta modesta pensión que en el testamento de un canónigo pariente se le dejaba á aquel de nosotros que abrazare el estado eclesiástico. Mi hermano mayor era débil, flaco, enfermizo, amigo del estudio pero no de las faldas negras que el perrito pedía como condición para su liberalidad póstuma; además, mi padre no quería c'érigo al primogénito; el que seguía demostró su afición á los viajes, á los azares de la suerte, y fué el que embarcó casi sin consultar con los otros; y yo, aunque era tal vez el más robusto y el más aficionado á la vida del labrador, á sus tareas y placeres, cargué, no sé cómo ni por qué, por el despego de los demás, antes que por mi afición, con la gravísima incumbencia de cantar misa y cobrar la pensión, con la cual, por acuerdo de mis padres y hermanos, que creían, como yo, interpretar así la real voluntad del tío difunto, había de ayudar á aquellos de mis hermanos que menos amparados quedasen, y aun á mis padres, si llegaran á necesitarlo.

Fuí sacerdote sin gran vocación, pero también sin repugnancia, con fe bastante para tomar en serio la estrecha disciplina de mis deberes. La vida que me esperaba no me parecía muy diferente de la que de todas suertes hubiera yo escogido, y sólo en el capítulo de la carne vi un poco de cuesta arriba; pero esto ya cuando le había tomado gusto á la carrera, y me había interesado muy de veras la teología; pues aquella especie de matemáticas celestiales de Santo Tomás eran muy de mi gusto; y por defender tal doctrina, que me parecía evidente hubiera yo andado á silogismos, y aun á cintara-

zos, con cualquiera. Si al principio la vida del seminario me disgustó no poco, fué por la libertad campesina que me faltaba, no por el rigor del régimen eclesiástico; por fin el hábito, el compañerismo, el *espíritu de cuerpo*, hicieron de mí un *cuervo* (como nos llamaban) entusiasta, sincero, de aplicación más que mediana, si no modelo de virtudes, tampoco escándalo de la santa casa, donde había muchos como yo, que si transigían con el diablo algunas veces, rescataban los pecados con la debida penitencia, muy sincera, y no pocas veces vencían en aquellas luchas en que la tentación no era ni tan fuerte ni tan hermosa como suelen figurarse los profanos que escriben cosas de literatura á costa de los clérigos.

Nunca había yo soñado con casarme, y aun en el tiempo en que era libre y podía dejar el seminario, jamás se me pasó por las mientes echar de menos el matrimonio, y la cásila de hijos con sus docenas de muelas, y los apuros del hambre y las carreras, y las bodas de las hijas, etc., etc. De todo esto había visto sobrado en mi casa; y si algo sentía yo que le faltaba al clérigo, que podía serle agradable, no era ciertamente el verse como yo había visto á mi buen padre, á quien nunca llegaba el agua al sal. No, el matrimonio no era una tentación; pero es claro que una cosa es el matrimonio y otra la mujer. El clérigo renuncia ostensiblemente al matrimonio y á la mujer, pero sabe que, si transige con el pecado, el matrimonio seguirá siéndole imposible, pero el amor posible, aunque ilicito. Yo no sé lo que pasará por los demás clérigos, que no sean muy buenos, pero por mí, que era mediano, pasó esto que declaro: casi sin darme cuenta de ello, el *distingo* que dejó apuntado contribuyó no poco á que sin gran esfuerzo ni solemnidades de conciencia contrajera el compromiso de castidad á qué me ligaba mi estado. Después, la experiencia me enseñó que no era tan fiero el león como le pintaban. Si primero hubo lucha, no muy encarnizada, y no fué siempre la victoria de la virtud, las batallas ganadas para el bien eran las más, y esto borraba el remordimiento de las pérdidas; además del considerar que en tales alternativas de fortuna se pasaba la juventud de infinidad de compañeros míos. Del no jactarme de bravucón en tales combates con las tentaciones, creo yo que vino la paz en que me fui viendo luego; pues encontró la concupiscencia un *derivativo* en el moderado afán de lucro, que no podía tener en mi otra forma que la del juego. Los apuros pecuniarios que habían sido el tema constante de las preocupaciones familiares en la casa paterna, habían dado como un tinte amarillento á todos mis actos y deseos; mi actividad, fuerte y fecunda, se encaminaba siempre en pos de la legítima ganancia, con gran anhelo de la propia y respeto de la ajena.



Las tentaciones del amor fueron pronto para mí tortas y pan pintado en comparación de las tentaciones del oro. Pero hubiera yo querido conquistarlo en franca y noble lucha con la naturaleza, en industria licita y útil á la república. Vedábame el estado sacerdotal todo conato en tal sentido y hube de atenerme al tresillo, al solo y... á la *santina*, ó sea el *monté*, que se jugaba en las rectorales en las noches que seguían á las fiestas del Sacramento y otras no menos solemnes. No había para mí otro modo de dar expansión á mi deseo de legítima ganancia.

Clarin.

(Se continuará.)

Una comedia más.

(ORDEN DEL DÍA)

Supongamos que un ejército, por ejemplo, de franceses entra en España huyendo de que son muchos y fuertes,

y por medios estratégicos, que á nada le comprometen, trata de atacarnos rápido por las alturas del Este.

Supongámonle tan cándido que ignore dónde se mete, sin espías, sin acémilas, sin disciplina y sin jefes, y que nosotros pudiéramos estar enterados siempre de la calidad y el número de todos los combatientes.

Supongámonos que este ejército que contra nosotros viene se forme de hombres escualdidos, rendidos y casi inertes, por haber sufrido en Refracoa ó en Burgos... ó en Trespadernés, un descalabro hasta el máximo y una derrota *solemne*, y que nosotros taviéramos buenos jacos, buena gente y un armamento magnífico y, en fin... lo que conviniese.

Bueno, pues, en esta hipótesis, saldrá á su encuentro un piquete del regimiento de América para atacarlos de frente,

en tanto que nuestros husares por la izquierda le protegen para evitar que cercándole le sorprendan los franceses.

Éstos, al ver que tan rápido los nuestros les acometen, se asustarán, retirándose por las lomas más agrestes, hasta llegar á la cúspide del cerro de San Vicente, donde, según el telégrafo, aumento de tropas tienen.

Al ver el refuerzo dóblase

el valor de nuestras gentes. Tres baterías del séptimo harán un fuego inclemente, y con la metralla bárbara que lancen sobre sus huesos, se *capone* que aclicándose, liayen de allí los franceses.

Éstos bajarán, *supómonos*, rodando por la pendiente, á aumentar sus fuerzas múltiples procurando rehacerse, y en este momento crítico saldrá la brigada Pérez, y con asombroso ímpetu los batirá de repente.

Aquellos huirán atónitos sin saber dónde esconderse, tomando el camino único que conduce á Villaverde, y entonces desde Vicálvaro saldrá el regimiento trece, que estará municionándose desde el día veintisiete, y sin el menor obstáculo los pillará á la intemperie, los batirá destrozándolos, sembrará entre ellos la muerte, y alcanzará nuestro ejército, y su general en jefe, la victoria más espléndida que vió el siglo diez y nueve.

— Este es el asunto cómico que tengo para un sainete. Perócad sus muchas faltas... ¡y hasta el otoño que viene!

Fuente Urágoz.

Instantánea

EL ROSARIO DE LA AURORA

I

—¿Nunca?
—Jamás!—contestó resueltamente Aurora.
—Está bien—dijo el marqués, y se alejó haciendo un mohín de indiferencia.—Al fin—pensó,—tanto más brillante es una victoria cuanto más refida la lucha.

II

—Á los pies de usted, Aurora.
—Bien venido, marqués.
—¿Está usted dispuesta á que repitamos la escena de anoche?
—¿Y usted cree que en el palco de una mujer se puede entrar en actitud amenazadora?
—Es más amenazadora mil veces esa misma mujer, que con sus ojos insulta y apostrofa y vence y marea y rinde y...
—¿Y ve usted, marqués, cómo ya empiezo á convencerme? Ha respaldado usted al procedimiento supremo contra una mujer coqueta... Está usted perdonado.
—¿Perdonado sólo?
—¿Y qué quería usted?
—Concluyamos, Aurora; lo que quiero es no salir de aquí como anoche.
—Entonces, no concluyamos tan pronto.
—Bien; empecemos.
—Empecemos, pues.
—¿Hasta qué punto se encuentra usted dispuesta á ser buena amiga?
—Es tan difícil contestar cuando se empieza de ese modo!
—Empiezo por lo que me interesa. ¿Quería usted que lo dejara para mejor ocasión, como el cosechero de Jerez?
—¡Pero eso es tan vago!...
—Concretemos: el día en que se decida usted á revelarme ese enigma de su rosario, como me ha ofrecido mil veces, habré merecido su confianza absoluta, ilimitada. Pues bien, ¿cuándo vamos á descifrar el enigma?
—¿Qué es lo que usted desea, la solución ó la confianza?
—Lo deseo todo.
—¿Y no le pesará, marqués?
—Nunca.
—Advierto á usted que se está comprometiendo.
—Usted no me juzga con justicia, cuando cree necesario hacerme ese género de advertencias.
—¡Ah! Ahí sube el duque de la C... ¡qué impertinente! No pode-

mos seguir hablando. Mañana evitaré esta visita enojosa, porque me quedo en casa. ¿Lo ha oído usted?

- Hasta mañana, Aurora.
- Adiós, amigo mío.
- (Pues señor, me parece que ha sido concluyente la entrevista.)
- (Creo que va completamente vencido.)

III

- Está bien, Aurora; pero yo me considero con derecho á exigirte una aclaración del enigma.
- He dicho que hoy no; mañana.
- Pero...
- Y entre tanto, no olvides tu promesa. Espero que venga tu criado á las doce en punto.
- A las doce le enviaré. Voy á ver á mi banquero.
- Adiós, marqués; digo... adiós, Enrique.

IV

Querido Enrique: Recibí esta mañana los cincuenta mil francos. Gracias. He salido de mis compromisos, y cumplo el de enviarte la solución del enigma. Ahí van esos cincuenta papeles, que son otras tantas cuentas, las cuales han constituido hasta hoy el pesadísimo rosario de tu—Aurora.

M. Martín Fernández.

LÁGRIMAS ARDIENTES



¡Ay, ojos míos, llorad, llorad! ¡que soy el único semanario ilustrado que no ha tenido la precaución de circular á sus lectores siquiera un apunte vil de la banda de tambores del batallón infantil!

MENUDENCIAS

Antón se suicidó porque una tarde vió á su amada con otro, y ella no se enteró... ¡porque la pobre no leía periódicos!

Una mujer hermosa que no es coqueta es como una granada sin espoleta.

Un juguete en un acto me leiste ayer en casa, ¡y al final lloraba como si habieras leído un drama!

Si no me quieres, Pepa, hazme traición, pero que no se sepa.

Cuando esté en mi última hora y vayan á confesarme, dile al cura mis pecados, que tú toditos los sabes.

Blanca, ya me atosigan tus continnas protestas de «te quiero», que, en cuestión de mujeres, las prefiero que quieran mucho, pero no lo digan.

Que rezas á la Virgen dices, Ruperta, cuando á hablar con tu novio vas á la puerta. Anda con ojo, y rezando á la Virgen... ¡echa el cerrojo!

Federico Canalejas.

CHISMES Y CUENTOS.

Durante la temporada de verano, de Junio á Septiembre, se han estrenado las siguientes obras dramáticas en los teatros de Madrid:

	En un acto.	Éxitos.	Fracasos.	Total.
Apolo.....	2	1	1	2
Alhambra.....	6	3	3	6
Príncipe Alfonso....	4	1	3	4
Rocolesos.....	7	5	2	7
Buen Retiro	1	2	1	1
	20	10	10	20

Para lograr este resultado, que no se puede llamar satisfactorio precisamente, han trabajado los siguientes autores:

Escritores: Sres. Soravilla, Casi, Navarro Gonzalvo, Perrín, Palacios, Paso, García Alvarez, Lucio, Arniches, Gabaldón, Rojas, Navarro (C.), Limendoux, Merino, López Marín, Zúñiga, Casanova, Labra, Ayuso, Cuevas, Pardo, Martínez Viérgol y Delgado.

Músicos.—Fernández Grajal, Jiménez Delgado, Valverde (hijo), Rozas, Lope, Torregrosa, San José, Arnedo, Rubio, Brull, Estellés, Molina, Carreras, Caballero, Hermoso, Jiménez (R.), Sáinz y Marqués.

Total: Veintitrés autores dramáticos y diez y ocho maestros compositores.

Me dijo un amigo mío que tenías un lunar. No te lo he visto en la cara: ¿dónde diablos lo tendrás?

ERNESTO ADAM QUINTANA.

¿Qué creían ustedes? ¡que la guerra entre China y el Japón era cosa de juego!

Pues lean ustedes los partes de los combates últimos. En el terrestre murieron 1.500 chinos y quedaron prisioneros 14.500, entre ellos todo el Estado mayor.

Y en el naval perdieron los japoneses cuatro grandes buques y el resto de la escuadra hubo de retirarse con enormes pérdidas.

De modo que... para tantas desdichas sólo nos puede quedar un consuelo: Que con la distancia se aumenten los cerros á la derecha...

Un diligente reporter, que anda ocupado en pescar noticias del robo de la Tabacalera, oyó decir á la mujer del procesado Martín Fernández lo siguiente:

—No hay mal que por bien no venga, porque Martín Fernández, al ver los sacrificios que por él hago, me querrá mucho más.

Lo cual revela una interesantísima innovación en las costumbres domésticas, que consiste en que la mujer llame al esposo por sus nombres y apellidos.

—Pongo por ejemplo:

—Dime, Luciano Rodríguez de la Pesquera, ¿qué sopa quieres que pongamos mañana?

Libros

El señor Pérez, pasillo cómico lírico en un acto y en prosa, de los Sres. D. Enrique García Álvarez y D. Antonio Paso, músicos de los maestros Estellés y Valverde (hijo), estrenada con gran aplauso en el Teatro de Recoletos.

Cataluña, canto segundo del poema en prosa *La Iberiada* que, con merecida expectación de cuantos siguen el movimiento literario, publica D. Manuel Lorenzo d'Ayot, director de «La reforma literaria». Precio: 50 céntimos.

Por meter en casa ajena, juguete cómico en un acto y en prosa, primero de la Biblioteca Teatral Infantil, original de D. Eusebio de la Riva. Precio: 50 céntimos.

Ojeada cómica á la Exposición libre de bellas artes de 1894, por Laigüillo. Precio: 50 céntimos.

Historia del periódico, con multitud de datos interesantes y curiosos (forma el primer cuaderno del periódico *La Instrucción Popular*), por D. M. Poderón y Espejo. Precio: 20 céntimos.

La conversión de un moro, leyenda, por D. A. D. Guerra. Precio: 50 céntimos.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

El Contador.—Tanto los cantares á medias como la carta tienen el defecto de la vulgaridad. En la primera época del periódico hubieran venido de perlas.

Sr. D. L. A. C.—Para ser las primeras no están remotadamente mal precisamente. Pero tampoco están bien del todo. En fin, con paciencia se gana el cielo.

Paul.—Todo lo que tiene de largo, tiene de mediano. ¡Qué se le ha de hacer!

Sr. D. E. S.—Se aprovechará alguna písea que otra.

¿Mando la firma?—No se moleste usted, porque eso no está mal, pero se han hecho tantos epigramas con idéntico asunto...

Sr. D. E. A. C.—Ni por la índole del soneto, paramente personal, ni por su *contortura* puede publicarse. Además, crea usted que adelantaría usted poco con eso. Las mujeres no suelen conmovirse con las letras de molde.

Quintín.—Como usted ve, se aprovecha uno. Más vale algo que nada, ¡qué diantre!

Licenciado Cudol.—Las impuras tienen el salero de Dios... digo, el de Dios no, el de todos los demonios, y están bien hechas. En cambio la *can-dorosa*, que pudiera publicarse, ya no tiene novedad ni gracia.

Ya sabemos la cuerda que maneja usted admirablemente. Aquello del beato es delicioso... con perdón sea dicho.

Quintillas.—Sí, hombre, sí, le creo á usted, ¡pues no he de creerle! Y por lo tanto le agradezco la carta.

Momingo.—Los ovillejos *en sí* ya son cosa del otro jueves (del pasado, se entiende) y cuando además no dicen nada...

Diabolín.—Con usted solo me he pasado una horita larga. ¡Por Dios, no envíe usted tantas cosas juntas, porque me obliga usted á examinarlas de prisa y corriendo! Ahora sólo puedo decir que no lo hace usted mal y que lo que mande venga firmado en lo sucesivo; así escogeré yo lo que mejor me parezca.

Sr. D. B. I. M.—Madrid.—No está mal del todo, pero, en efecto, no es propio para esta clase de publicaciones.

Peñita Piporro.—¿Cómo quiere usted que yo me comprometa á eso? ¡Para huequecitos estamos, caramba!

Sr. D. R. G. F.—No es lo malo que sea triste el soneto; lo malo es que sea, como es, vulgar en la forma y en el fondo.

Sr. D. P. A.—Esos epitalamios festivos, por haber abusado tanto de ellos, han pasado de moda.

Sálvete.—No es simpático el asunto y peca de altisonante la forma. Y á propósito, debo advertirle que el verso

«¡Infelices vosotros que lleváis,

único agudo de la composición, disena horriblemente de los otros por eso mismo,

Uno que reincidente.—Es inocentísima. Léala usted otra vez y se convencerá de ello.

Un pobrecito.—Las *pequeñeces* tienen el defecto de no decir nada nuevo. Y una de ellas, además, padece de una insoportable asonancia en *is*.

Sr. D. A. R.—Se ve venir el final á cien leguas, y ¡claro! se pierde el efecto del chiste... dado que lo fuera.

Un maliciante.—Dispense usted, pero... me parece que no ha entendido usted la contestación. Porque aquello era guasa pura. Y es malo tomar las cosas al pie de la letra.

Sr. D. J. N. M.—Pues tengo que decir de esos cantares

lo que he dicho de mil. Que son vulgares.

Sr. D. E. G. R.—¡Caracoles! Los epigramas han de ser picantes, pero no tanto que levanten en vilo materialmente.

Kaisnera.—¿Se contenta usted con que se publique un solo verso en esta sección? Pues, ea, allá van tres, para que vea usted si soy rumboso:

«¡Oh tricorno colosal

que usa la guardia civil!

me parece celestial...»

Y así todos quedamos contentísimos á poca costa.

Tinserto.—Medianillo es todo, por la gracia de Dios y la Constitución del año 12. Pero *grulla* no es consonante de *suya*, ni siquiera por la del 69, que es la que nos dió libertad más amplia.

Un barbo.—Flojita también. El verso

«y dejarla plantada al día siguientes

tiene una sílaba de más, que le estorba bastante.

Un futuro militar.—Sí, señor; descuida usted demasiado la forma, porque el romance no puede ser más pedestre. Hay que inspirarse, á ser posible, en buenos modelos.

Un poeta rapado.—Efectivamente, no lo he visto en ninguna parte. Pero ¡por qué lo echa usted á broma, si lo podría hacer bien con poco trabajo?

P. P. T.—Eso de que todas las quintillas tengan los mismos consonantes hace muy mal efecto. ¡Créame usted bajo palabra!

Sr. D. A. L.—Bueno... para un álbum. En un periódico no pega. Porque es un pipopo vulgar sencillamente.

Sr. D. J. G. O.—Madrid.—«... que no servirá.» No le había engañado á usted el corazón, por desgracia.

Sr. D. J. G. L.—*Aristocracia y guasa*

son consonantes... para andar por casa.

Miquis.—No se puede negar que tiene cierta gracia, pero ¡ay! es de mal gusto.

Lapatca.—Dichosos los que tienen gana de broma, porque de la guerra del Japón se les dará un ardite.

Espada.—En fin, con decir que parece que lo ha hecho usted mal adrede, está dicho todo.

Un orfelino.—Bueno, pero ¡qué miga tiene eso? ¡Ninguna!

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPANÍA COLONIAL
TAPIOCA TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPOSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid puedan hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

MADRID 1894.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 15 desp.º
Teléfono 324.